

LA CARRERA

Eva Hibernia

Sinopsis de *La Carrera*

Un maestro y su discípulo, africanos, se encuentran en la habitación de un hotel en Alemania. Dentro de unas horas va a acontecer un hecho decisivo en sus vidas: han venido a las Olimpiadas con el propósito de hacer una carrera ejemplar. Será la última carrera en la que el maestro ostente el título de campeón mundial; será la carrera en que pase el testigo a Ismail, su discípulo.

Durante esas horas ambos se preparan para asumir el cambio. El maestro -para sorpresa, disgusto y recelo del discípulo-, ha hecho venir a una poeta nómada y desconocida. Con ella, a puerta cerrada, establece una extraña relación: le entrega su legado, las imágenes y el “daymon” que lo habitan y que son el verdadero motor cuando corre. Por su parte, el discípulo entra en crisis e instiga a la poeta para saber cuáles son los verdaderos planes de su maestro. Esta confrontación hace que Ismail saque a la luz aquello que más quiere esconder: el precio que ha tenido que pagar por cambiar su destino.

La Carrera parte de la migración desde un punto de vista no convencional. Sus protagonistas son héroes: personas que nacieron en un país post-colonizado y en una aldea sumida en la hambruna, pero que, gracias a su capacidad de atreverse a “ir más lejos”, han llegado a tener el respeto y la admiración del mundo. Sin embargo, ¿qué han tenido que hacer para “ir más lejos”, que imágenes portan consigo? ¿cómo se construye la fe en un destino mejor? ¿cuál es la responsabilidad de quienes se atreven a conquistar sus sueños? ¿cuán esencial es el vínculo con “el otro” no solo para nuestra supervivencia, también para que podamos dar lo mejor de nosotros mismos?

Esta historia iniciática tiene en su urdimbre estructuras oníricas, febriles, distorsionadas, para poder captar la gran tensión de esta carrera que también para los espectadores y habitantes del planeta es contrareloj, pues el cambio de paradigma es un proceso necesariamente individual y colectivo. Cómo abrirnos a la muerte, cómo aceptar las pérdidas y que el peso de la ausencia no se vuelva un lastre demoledor, cómo saber cuál es nuestro lugar son otras de las misteriosas preguntas que plantea este texto.

LA CARRERA

Eva Hibernia

Es el viento en los ojos de Homero,
la mar multisonora en sus oídos,
lo que nosotros llamamos actualidad.

Antonio Machado a través de Juan de Mairena.

La Carrera se comenzó a escribir en Logroño y se acabó en Barcelona, durante 2016.

Seis son los personajes que forman su reparto, pueden ser representados por una mayor o menor número de actores:

El Maestro

El Daymon

Ismail

Madeleine

La recepcionista

Carlos Chang

deliberadamente sus nombres no encabezan las réplicas, y esta decisión formal es una expresión del proceso psicológico de los personajes y ese extraño tiempo dilatado en que acontece su peripecia.

1.

El Maestro mira por la ventana en su suite del hotel más caro.

Grandes manchas de sol en las paredes.

La música sale de un disco de vinilo, lejana. La obertura de una canción, con oboes sinuosos. De pronto ovación del público, gritos entusiastas. Palabras de agradecimiento de la cantante, en francés, seguidas de un pequeño parlamento en un idioma difícilmente reconocible, nuevas frases en francés que parecen traducir lo dicho. Más ovaciones. El Maestro sonríe, dibuja signos invisibles en el cristal de la ventana. La cantante y el oboe establecen un diálogo melódico de serpientes que se persiguen a lo largo de la canción. La música parece venir de muy lejos, como si se arrastrara por el suelo.

A espaldas del Maestro, entra Ismail, se detiene en el quicio de la puerta.

Un tiempo.

: Ismail, pasa.

: Maestro.

: ¿Estás nervioso?

: No maestro.

: Haces bien. *(Pausa breve)* Mira, hace tanto calor ahí fuera que los edificios parecen temblar, como espejismos en el desierto.

: Mejor.

: Sí, mejor para nosotros. Es curioso que el corazón de Europa se ha vuelto como nuestra tierra. ¿No te parece curioso?

: Es el cambio climático, maestro.

: Quizás. *(Pausa breve)* O un mal año. La vida tiene esas sorpresas para todos, malos años. ¿Tú has conocido malos años?

: Usted sabe que sí, maestro, nací en su misma aldea, donde el tiempo está detenido en el peor de los años.

: Nuestra aldea no cuenta.

: ¿Por qué no, maestro?

Un tiempo

: De todas maneras, con calor o sin calor, con desierto o sin desierto, la carrera es nuestra.

(Pausa breve) Es nuestra. *(Pausa)* ¿Por qué no contestas?

: Usted me enseñó a no subestimar al contrario, maestro.

: ¿Qué pueden hacer? Ya no pueden hacer nada. Los blancos nacieron en casas demasiado confortables, crecieron con zapatillas demasiado sofisticadas. Los chinos, los chinos son máquinas de relojería, pero no es suficiente, se necesita algo más. Y los negros, los que verdaderamente podrían ser un problema para nosotros, están muertos. Los mejores siempre mueren, ¿no es verdad?

: Sí maestro.

: ¿Tu hermano, no era mejor que tú?, ¿en cuánto tiempo te sacaba ventaja?

: Veintisiete segundos.

: Veintisiete segundos es una eternidad.

: Sí. Él tendría que estar hoy aquí.

: Pero está muerto.

Pausa

: Me acuerdo perfectamente de la mañana en que os hice la prueba a todos los chiquillos. Lo escogí a él. Pero cuando volví a la tarde siguiente y abrí la puerta del coche para llevarle a Europa subiste tú. Al principio ni me di cuenta, ¿te acuerdas?

: Yo era muy pequeño.

: No tan pequeño. Luego, por el retrovisor, me pareciste algo más largo de lo que había visto la tarde anterior. Empecé a espiarte por el espejo, el crío que había escogido era como tú pero más bajo, más niño, con la sonrisa más grande. Paré el jeep. Volvimos a la aldea. Estaban enterrando a tu hermano. Tu madre se quedó sin dos hijos en un sólo día.

: Mi madre se alegró por mí.

: ¿Eras su favorito?

: Sólo uno de los dos podía salir de allí. Qué más daba uno que otro.

Pausa. Muy lejano, un espectador del concierto grita algo a la cantante, el público aplaude.

: Maestro, podía habernos escogido a los dos. Escogió a Farah, de la otra aldea, ¿por qué no

nos escogió a mi hermano y a mí? Nos hubiera salvado la vida y habría hecho a mi madre feliz.

: Tenía que escoger al mejor. Escogí a tu hermano. Luego tu hermano fuiste tú, decidiste que el mejor eras tú, y lo conseguiste.

Pausa.

: ¿Mataste a tu hermano, Ismail?

: Maestro, en todos estos años nunca ha mencionado a mi hermano, ¿por qué hoy, por qué precisamente hoy? No es el día... adecuado.

: Al contrario, hoy es el día más importante de tu vida. Vas a superar a tu maestro. Vas a ser el Rey.

: ¿De verdad, maestro? Usted todavía podría ganar este año.

: Tengo 41 años. Ya nadie puede ser el Rey con esa edad.

: Nadie puede ser el Rey a partir de los 26, y usted lo ha sido hasta ahora. Un año más. Podría.

: Es tu momento. Hay que saber cuando deja de ser el momento de uno y comienza a ser el momento del otro. Hay que saber aceptar, la luna mengua en el cielo y el sol envejece.

Pausa. Sin finalizar la canción la música queda suspendida, pero queda el crepitar del vinilo y de la aguja dando vueltas. Siempre muy lejano.

: Te noto nervioso.

: Usted podría cambiar de decisión en el último momento.

: No cambiaré. Farah, tú y yo. Lo haremos como está decidido.

Pausa.

: ¿Quieres ganar?

: Sí.

: Gana.

: No es por el dinero, ya no es por el dinero.

: Nunca fue por el dinero, Ismail. No te subiste a mi coche robándole el nombre a tu hermano por el dinero.

: Claro que sí, el dinero es lo contrario de la muerte. Y yo no le robé el nombre a mi hermano. Él se cayó al agua negra. Quiso correr con la luna nueva esa noche, la última carrera en el

desierto antes de que usted se lo llevase a Europa. Nuestra última carrera juntos. También estaban allí mi primo y mi prima. ¡Habíamos corrido tantas noches a oscuras, con sólo la luz de las estrellas en el cielo...! Maestro, ¿sabe que la luz de las estrellas viene de la muerte? Son astros muertos allí arriba, sólo les queda la luz, son fantasmas vagando por el firmamento las estrellas, dura la luz pero no su cuerpo. Yo creo que fue eso, el embrujo de esas pálidas luces allá arriba. Usted sabe cómo son las cosas en nuestra aldea, allá los muertos son celosos. No oímos ni el chapoteo de cuando cayó al agua negra. Creíamos que había vuelto sin nosotros a la aldea, que ya se le habían subido los humos porque marchaba a Europa.

Vuelve la música: a la voz y al oboe se suma, claramente, un piano. Hay finales del fraseo musical ligeramente desafinadas y el crepitar del vinilo parece un instrumento más. Siempre muy lejano, muy a ras del suelo.

Mi primo y mi prima me acompañaron. A Ismail lo encontraron a la mañana siguiente, hinchado, con la cabeza medio devorada. ¿Qué quería que hiciésemos? Mi madre me dió la bendición. Usted sabía que el mejor de los niños se llamaba Ismail, abrió la puerta del jeep y gritó ese nombre, ¡vámonos Ismail! Así que ese debía ser en adelante mi nombre.

: Hiciste bien.

: No, no hice bien. Pero puedo vivir con ello.

: Todos los días llevas su nombre a cuestas. No es fácil. No es fácil ser un muerto.

: No soy un muerto. Hoy millones de personas se pondrán en pie para aplaudirme. Hijos de perra.

: ¿Los odias?

: Los odio porque los necesito.

: El odio no es un buen motivo para correr.

: Ningún motivo es suficientemente bueno para correr.

Pausa. La canción, lejanísima, vuelve a quedar rota, las últimas notas son del piano, que parece tocar sumergido en el agua. El maestro levanta la aguja del plato, limpia el disco, lo guarda en su funda. Hay unos cuantos discos.

Maestro, ¿puedo preguntarle cuál es su motivo, qué Dios lleva en el corazón para ser el más rápido?

: No llevo ningún Dios. Si llevase un Dios en mi corazón sería un hombre feliz, Ismail.

(Pausa breve) Ojalá hubieses encontrado otro maestro mejor que yo.

: A cada discípulo le corresponde un maestro, y usted es el mejor para mí. Usted me vió, desde el principio, usted me vió.

: Sí, yo te ví.

: Usted me vió y llamó a mi hermano y entonces yo desperté. Si me hubiera llamado directamente yo no hubiera sido el mejor y hoy no sería el día más importante de mi vida, yo sería Farah y quedaría el tercero, nunca hubiera sido el Rey y quizás tampoco me hubiese importado. Pero usted supo cómo llamarme. Mi padre y mi madre me dieron la vida pero usted supo como despertarme a mi auténtica naturaleza.

: Yo no hice nada. Una vez muerto el mejor, me conformé contigo. ¡Ya lo había visto tantas veces...! Tienes 21 años y yo tengo 41, he visto el doble de cosas que tú, no el doble, el quíntuple. Ojalá no hubiese visto tanto. No mires demasiado, Ismail, las cosas que uno ve se quedan en la memoria y pesan, pesan. Ya empiezan a pesarme demasiado, por eso he empezado a correr más despacio. Por eso hoy me vas a ganar. Fue una suerte para ti que aquella noche fuese de luna nueva. Es mejor no ver nada, no ver nada. Ahora vete.

: Maestro...

: Cuando digo basta es basta.

2.

Madeleine con un vestido vaporoso y claro. Tiene la tez muy blanca, los ojos claros. Puede tener 30 años o 300, o 3.000..., 50 o 500 o 5000...

El Maestro intenta mantener erguido un objeto de cristal curvo, una especie de reloj de arena, sin base, recto. Es un ejercicio de concentración.

: No entiendo por qué me ha llamado. Debería contratar a un periodista especializado en deportes. Yo no tengo ni idea de deportes. Escribo poemas.

: ¿Le gusta Alemania?

: No.

: ¿Por qué?

: Por una bobada.

: Cuéntemela.

: Es una bobada, no merece la pena gastar saliva, y usted tendrá qué hacer cosas importantes antes de la carrera.

: ¿Qué cosas?

: No tengo ni idea de lo que hacen los atletas de élite antes de jugarse la medalla de oro. ¿La siesta?

: Es una buena idea. Es usted muy intuitiva. Los periodistas saben pero no intuyen. ¿Por qué ha venido si no le gusta Alemania?

: Porque usted me ha ofrecido mucho dinero.

: ¿No tiene dinero?

: Preferiría no hablar de mis finanzas. Entonces, si no he entendido mal ¿quiere escribir un libro de memorias?

: No, no quiero escribir un libro.

: Pero su agente...

: Mi agente sabe cómo seguir sacando rentabilidad a mi leyenda. Es muy bueno. Estas Navidades saldrá a la venta mi biografía. Falsa. Será un superventas, será el número uno de los más vendidos en no ficción. Voy a firmar ejemplares el 23 de diciembre en la Fnac de París, para la campaña de navidades. En París me adoran. Y el 24 en Londres, en Londres me adoran también. Además me escribe el libro un escritor importante, un premio Nobel, Coetze, ¿lo conoce?, es sudafricano, no es de mi mismo país pero sí compartimos el mismo continente. Es blanco, pero me han dicho que sabe algo de lo que cuesta ser negro y además es un hombre con una reputación asombrosa, dará al libro... ¿qué dijo mi agente, qué término utilizó?, ah sí, solidez intelectual; no íbamos a dejar que un libro tan importante lo escribiese una poeta desconocida, aunque estoy seguro de que usted lo haría muy bien.

: ¿Qué le hace estar tan seguro, ha leído alguno de mis libros?

: Desgraciadamente no.

: Me alegro.

: ¿Por qué se alegra?

: ¿Ha leído a Coetze?

: Sólo leo un libro, un único libro.

: ¿La Biblia?

: No.

: ¿El Corán?

: No.

: Sospecho que no es usted judío así que tampoco creo que sea La Torá, pero eso de un único libro suena tan monoteísta...

: Es un libro también muy antiguo, pero sin Dios, un libro de arena.

: Borges tiene un cuento que se titula así, “El libro de arena”. Es un cuento espeluznante.

: No sé quién es Borges.

: Hace usted muy mal. Es un escritor de una reputación asombrosa, aunque a usted no le serviría de mucho porque ya murió.

: En mi cultura los muertos están junto a los vivos, todos servimos. ¿De qué va ese cuento?

: De un libro monstruoso que, como la arena del desierto, no tiene principio ni fin.

: Sí, ese es el libro que yo leo.

: Pero ese libro no existe, es una ficción.

: ¿Qué es una ficción?

: En realidad no lo sé. Después de haber escrito unas cuantas y de leer muchas más, no sé que es la ficción. Un aspecto mejorado de la realidad, quizás.

: ¿Mejorado por qué?

: Porque el dolor parece tener un sentido. Es por el lenguaje, el lenguaje crea la falsa sensación de orden. Cada frase tiene su verbo y su sujeto y su predicado. Hasta el pensamiento más descabellado parece tener un sentido si se ciñe a una frase bien construída.

: No, el libro que yo leo no es así. No debe ser una ficción.

: Quizás es un libro sagrado. Hay muchos libros sagrados sobre la tierra. Libros ciegos, porque ya nadie sabe leerlos.

: Sí, es así, yo leo el libro con los ojos cerrados.

: Usted habla en metáforas. Adoro a la gente que habla en metáforas, me hace sentir en casa.

: Yo hablo como puedo.

: Ya somos dos. *(Pausa)* ¿Hay sangre en su libro? Sangre, vísceras, buitres...

: Sí.

: Encantador, clásico y contemporáneo.

: *(se encoge de hombros)* El tiempo es como la arena del desierto, siempre una duna detrás de la otra.

: Le advierto que donde hay sangre el público aplaude. Una parte por verdadero interés y excitación, otra por mera cortesía, otra por metafísica. Al contrario de lo que la gente cree la metafísica es un asunto bastante sucio.

: Usted es muy blanca, no parece saber mucho de la sangre.

: Preferiría que no fuese mi tema, pero una poeta no se puede negar a nada. Además siempre habrá alguien con un arma y una extraña necesidad. *(Pausa breve)* Con todo prefiero la sangre a las cenizas.

Pausa.

: ¿Por eso no le gusta Alemania, ¿por las cenizas?

: ¿Ha investigado en mi biografía?

: No, pero también soy un hombre intuitivo. No parece usted judía.

: ¿Sabe que mi abuelo estuvo aquí en las Olimpiadas de 1940? Podría haber corrido también, él corría vallas. Pero no quiso participar. De todas formas acompañó a su equipo.

: No era alemán.

: No, checo.

: A su país también lo traicionaron los que se llamaban “sus aliados”, Francia y Gran Bretaña, ¿no es verdad?, aceptaron que Hitler se lo quedara. Usted también sabe un poco lo que es ser negra bajo los colmillos del hambre blanca.

: Yo no tengo un país, el éxodo ha sido la patria de los míos desde hace muchas generaciones. En realidad no hay donde volver. Pero pasamos por los mismos lugares una y otra vez, los lugares donde nacimos, las carreteras por donde nos marchamos, los barracones donde morimos. ¿Usted sabe que a 50 kilómetros de este maravilloso hotel hay un campo de concentración? A mis abuelos y a mis tíos abuelos y a sus esposas e hijos los deportaron aquí al lado. Alguno de ellos sobrevivió y ahora estoy yo, de nuevo, de paso por aquí. ¿Se ha fijado en el mostrador de recepción? Hay una ruta turística al campo, se organizan grupos. Hay turistas que, aprovechando que han venido a la Olimpiada, pasan una tarde allí por hacer algo diferente. ¿Tiene algo para beber?

: Agua.

: ¿Y el mini bar?

: Sírvase usted misma.

Pausa breve

: Usted corre por su país y va a entrenar periódicamente allí, pero, ¿por qué vive en Europa?

: Me gusta Francia. Siempre he soñado con vivir en París. Cuando era muy pequeño, en mi aldea, conocí a una persona que me hablaba mucho de París (*ríe*), era una gran contadora de cuentos. Mucho más tarde me di cuenta de que nunca había estado allí, en realidad no tenía ni idea de cómo era la ciudad, pero me hizo soñar con ella, me hizo desearla como una tierra prometida. (*ríe*)

: ¿De qué ríe?

: Me acuerdo de cuando por fin pisé la ciudad por primera vez. Yo pensaba que las calles estarían empedradas de oro.

: ¿Fue decepcionante?

: (*pensativo*) Tardé en comprender la importancia de lo que aquella persona me había legado. Tardé un día y medio, exactamente, por eso soy el más rápido.

: ¿Me ha llamado para hablarme de esa persona, esa persona que no aparecerá en su biografía oficial?

: (*pensativo*) Sí. Algo así. Sí, también...

3.

Mar de polvo.

Unas rocas porosas, cuevas.

El viento ululando, filtrándose por los huecos, y el cielo del atardecer.

: Los árboles no son como los que has visto hasta ahora. El tronco mide, calculando a la baja, como diez hombres cargados los unos sobre los hombros de los otros. La madera es tan fina y resistente que no hay insecto que la pueda corromper ni zarpa de bestia que la pueda dañar ni agua en el mundo capaz de pudrirla. Las raíces son tan profundas que saben sacar del fondo de la tierra, junto a la savia, polvo de piedras preciosas, por eso, si se sangra a los árboles, el líquido que mana brilla con fulgor de joyas. La gente de París tiene cada uno su árbol y por las mañanas le abre una grieta y bebe de esa savia brillante, y todos son hermosos y la piel les reluce con reflejos de oro y de diamantes y de topacios. Son tan hermosos a causa de esa bebida que van desnudos. La fruta de los árboles no es sólo exquisita, cada una de un sabor nuevo y sorprendente, también tiene esa cualidad de piedra preciosa y es como comer rubíes tiernos y jugosos, o racimos de cirrones dulcísimos, o grandes tanzanitas carnosas como melones de cuernos. ¿Tienes hambre?

: Sí.

: ¿Es que no sabes cómo es una tanzanita?

: Pero un melón de cuernos sí.

: Bueno, pues tú le das un machetazo y en vez la pulpa verde salen unas piedritas blandas, de un color azul púrpura delicioso.

: ¿El color azul púrpura está rico?

: Es el color más exquisito, niño. Es como lamer el horizonte justo cuando hace ese

parpadeo rápido a la noche.

: Es un sabor frío.

: No, tú no sabes nada. El frío es la temperatura de Dios, ¿qué crees, que allá en el firmamento se abrasan como aquí? No, allí, entre estrella y estrella ¿sabes lo que hay? Frío. El frío es la inteligencia. En París hace tanto frío que nieva, caen del cielo flores de mil pétalos, son muy pequeñas, nacen en las praderas que se extienden entre los planetas. Dios tiene un pensamiento inteligente y entonces una cascada de esas flores de nieve cae sobre París.

: Pero si van desnudos lo pasarán mal.

: Nunca, ¿me oyes? Nunca un parisino ha podido decir, lo he pasado mal. Cuando Dios piensa mucho y caen toneladas de nieve que cubren las calles, los parisinos aplauden. Son un pueblo magnífico, aplauden por las cosas más increíbles. Y además, no por necesidad, ni por frío, sino por puro vicio, tienen las pasarelas.

: ¿Qué es eso?

: Son puentes por donde camina la gente disfrazada sólo por gusto.

: Qué raro es eso, ¿y de qué se disfrazan?

: De todo lo que te puedas imaginar, di algo, di ¿de qué te disfrazarías tú?

: De rinoceronte.

: Podrás hacerlo en cuanto llegues, ¿y de qué más?

: De futbolista.

: Podrás hacerlo, ¿y de qué más?

: De mi padre.

: Tu padre está muerto.

: Eso no se sabe. Desapareció.

: Entonces tú lo harás aparecer, ¿verdad? Con sólo disfrazarte ¡voilà!

: Sí, yo lo haré aparecer en las pasarelas de París. ¿Me aplaudirá la gente?

: La capacidad de resucitar a los muertos es un tema con mucho prestigio, estoy segura de que te aplaudirán.

: Pero no será una resurrección de verdad, sólo será un disfraz.

: Oh, no importa, nada es de verdad, nada por dentro, en París todo son decorados, fachadas de cartón piedra, grandes efectos de luz y magia. ¿Sabes cómo se fundó París?

: Me has contado diez versiones distintas.

: Pues aquí va otra. Un hombre caminaba por un descampado. Llevaba un sombrero de charol. El charol es negro, como tú y como yo, brillante, como tú y como yo. Al hombre le picaba la cabeza. Se quitó el sombrero. Se rascó. Antes de volvérselo a poner pensó para sí ¡qué bonito sería

que dentro del sombrero hubiera algo! Entonces metió la mano y sacó por las orejas a un conejo. ¿Cómo te llamas, preguntó el hombre al conejo? Me llamo Fifi, contestó el animal, y entonces el hombre comprendió que aquella criatura era, en verdad, una coneja. Acto seguido la coneja se puso a parir, parió manadas de topos forzudos que se encargaron de excavar los cimientos de la ciudad, parió cornejas que sobrevolaron los alrededores y construyeron nidos altísimos, como torres, parió leones que se convirtieron en piedra frente a las puertas del senado, parió palomas mensajeras y servicios de correos y telégrafos, parió caballos y sus coches y cocheros y luego descapotables y limusinas, y parió todo lo que se necesita para que París sea París. Y todavía sigue pariendo claro, porque París nunca deja de ser París, necesita más. ¿De qué te ríes?

: Entonces me parirá a mí. Porque París me necesita.

: Por supuesto niño, pasarás por el coño de Fifi como antes pasaste por el de tu madre.

: Nadie puede nacer dos veces.

: Cuando te disfraces de tu padre, ¿no lo harás nacer otra vez?

: No es lo mismo.

: No es lo mismo, pero es igual.

: Estás chiflada. ¿Por qué volviste a la aldea?, ¿por qué no te quedaste allí, en París?

: Hablar de mí no es divertido. ¿Tienes hambre?

: No.

: Bien. Has comido piedras preciosas, has sido un rinoceronte y su fuerza, un futbolista y sus millones, tu padre y sus secretos. Has visto a la inteligencia de Dios nevando sobre París. Sabes que te espera una madre Fifi y muchos aplausos. ¿Quién puede tener hambre con todo eso en la cabeza?

4.

Madeleine en la piscina. No hay nadie. Luz cegadora. Una colchoneta con forma de tiburón flota de un lado a otro. Madelein está arriba de un alto trampolín, sentada en el extremo del tablón. Ismail sube por la escalerilla. Va vestido con traje impecable.

: ¿Quiere tirarse? Si quiere tirarse me quito.

: No quiero tirarme.

: Mejor. Lleva un traje muy bonito y el cloro seguro que le sienta fatal. ¿Lo lava en tintorería verdad?

: No lo sé. No me ocupo de la ropa.

: Ah, para eso tiene a su mujer.

: No tengo mujer.

: Tiene muchas mujeres.

: Sí. ¿Usted se ocupa de su propia ropa?

: Ahá. La compro, me la pongo, la ensucio, la lavo, la tiendo, la plancho, la pongo en una percha, la saco de la percha, me la pongo, la arrastro, la arrugo, la froto contra los asientos del metro, la lavo, la tiendo, la doblo en un cajón, la desdoblo y me la pongo, la paseo por un bar, la rozo contra un hombre, me la quito en un hotel y la tiro al suelo, me la vuelvo a poner a la mañana siguiente, la llevo arrugada, sudada, maltrecha, con manchas de semen y café, paro en una lavandería, me la quito, espero desnuda mientras se lava, espero desnuda mientras se seca, mientras espero leo a Dovstoiesky, que pesa mucho, ¿se ha dado cuenta de que los libros de Dovstoiesky, independientemente de su tamaño, siempre, siempre, pesan mucho? No me quejo, hago pesas mientras leo a Dovstoiesky, levanto sus mil toneladas, levanto al mundo, para cuando la ropa está ponible yo estoy imponible. Me han salido biceps, huelo a trabajo. Leer es un trabajo de estibador en el puerto, sobre todo si hay que enfrentarse con las grandes cargas que nos propone Dovstoiesky. Así que me meto en la lavadora, introduzco la moneda que hay que dar a Caronte, doy al botón. El tambor es como un útero de metal, gira y gira. ¿Cómo sigue?

: ¿Cómo sigue el qué?

: ¿Cómo sigue todo esto?, ¿cómo sigo yo?. No es fácil seguir dentro de un bombo de lavadora, temo llegar al centrifugado. *(Pausa breve)* Es muy agradable hablar con usted. Me inspira.

: Me alegro.

: (Ríe) Usted dice que se alegra pero no parece alegre.

: ¿Por qué la ha llamado el Maestro, para qué?

: ¿Usted es Farah?

: Ya sabe que no. Soy Ismail.

: El discípulo amado.

: ¿Por qué me provoca preguntándome si soy Farah?

: No se enfade, ha sido una pequeña broma, usted es susceptible ¿a que sí? Lo sé por la manera en que se muerde la uña del meñique, se la muerde de esa manera en que sospecha que yo le he preguntado si era Farah para dar a entender que tiene cara de perdedor. No se preocupe, es usted muy guapo, es indudable que se llevará la medalla de oro.

: Para ser escritora, señora, o señorita, habla endiabladamente mal.

: No soy escritora, ¿quién le ha dicho eso?

: Mi agente.

: Oh, ese agente es la monda, es el agente de los tres ¿verdad? El agente del oro, la plata y el

bronce, más bien un empresario de minas.

: Mi agente es exacto en sus informaciones.

: Esta vez no. Lo siento, soy poeta. Los poetas tenemos ciertos privilegios sobre la lengua, podemos hablarla mal para decir más de lo que puede ser dicho.

: Entonces, dígame, ¿para qué la ha mandado llamar el Maestro?

: Bueno, esas son cosas entre el Maestro y yo, los poetas también tenemos nuestro juramento hipocrático.

: Usted no me cae bien.

: Lo lamento. Sobre todo porque somos los únicos aquí y ahora. ¿Se ha fijado en que en un hotel de 5000 habitaciones somos los únicos que estamos en la piscina?

: Hace demasiado calor.

: ¿Será por eso? No sé. He pensado que quizás había caído una bomba nuclear, la típica bomba que funde toda materia viva, y que yo me había salvado por estar subida a este trampolín que, sin duda, tiene cualidades asombrosas como sucede en tantos lugares santos a lo largo y ancho de la tierra. ¿Sabe si hay mapas o guías Michelin de lugares santos? Bueno, ya es demasiado tarde. La humanidad seguramente ha perecido, por lo menos la de este hotel, 5000 habitaciones a dos personas por habitación más otras 5000 personas para atenderlas a todas, hacer sus camas, limpiar su mierda, preparar su comida y sus cócteles, darles satisfacción sexual etc, son tantas personas que bien podrían ser la humanidad entera. Sólo quedamos usted y yo, y por desgracia yo no le caigo bien, ¿puedo preguntarle por qué?

: No me gustan las mujeres que beben.

: Yo no bebo.

: ¿Entonces, qué hay en su copa?

: Un Martini.

: Un Martini es bebida.

: No, un Martini invita a vivir. Si usted se hubiera criado en Europa lo sabría, pero en el fondo es un salvaje, se ha criado ¡vaya usted a saber dónde!, en una cueva o en una cocina de hotel, lavando platos y claro, ve a una mujer con una copa y ya piensa que es una borracha.

: Si usted no es una borracha es una loca. No sé qué es peor.

: Todo es peor, según y como se mire. Pero su análisis es simple y desafortunado.

: Entonces no me cae bien porque es rubia, blanca, idiota y me oculta información sobre mi Maestro.

: Todo esa animadversión me parece más sincera de su parte.

: ¿De verdad cree que toda la gente del hotel ha muerto?

: Sí. Pobrecitos.

: Están durmiendo la siesta. Hace demasiado calor.

: Es, precisamente, a causa de la bomba, que hace demasiado calor, es el efecto de los protones y los electrones y el hidrógeno en plena histeria.

: Quizás está insolada. Es usted muy blanca.

: No soy tan blanca. Pero he aprendido a serlo.

: ¿Cómo?

: (*Como contando un secreto*) Haciéndome cargo de mi propia ropa y su mugre. La lucha contra la mugre es una aspiración de la humanidad. La mugre es la expresión tangible de nuestro contacto con la vida. Así que la humanidad lucha contra la vida misma. Como en toda lucha se organiza un ejército, las jerarquías son inevitables. Los hay que, como usted, están a punto de ganar la medalla de oro. Ya no necesitan luchar cuerpo a cuerpo con la mugre. Aún así el problema es infinito ¿quién se encargará de su mierda, quién, quién lo hará?

: Detesto a la gente que habla en metáforas.

: Usted siempre se confunde conmigo. Yo hablo, simplemente, como me sale del culo, y mi culo no tiene nada de metafórico, es redondo, normal, un culo como Dios manda.

: Parece grosera, pero es divertida.

: Parece molesto, pero está muy cómodo.

: ¿Le ha llamado mi Maestro para eso, para que se haga cargo de su mugre?

: Su Maestro es un hombre muy especial.

: Sí, lo es.

: Hoy va a morir. Si no ha muerto ya por la bomba. Quizás también él estaba, en el momento en que cayó, en algún lugar santo y se ha salvado. Y si se ha salvado da lo mismo. Cuando suene el pistoletazo de salida empezará a morir. Durante las primeras vueltas, él me lo ha contado, seguirá yendo a la cabeza del pelotón, ¿es así?

: Sí, será así.

: Antes iba usted a la cabeza.

: Sí, es una estrategia de grupo. El que va a quedar el segundo, durante la mayor parte de la carrera va el primero, para marcar una línea al jefe; es como si abriera el espacio para el resto, tiene que chocar contra el aire duro, estático, del estadio, crear un pasillo. Correr detrás de otro es menos cansado.

: Siempre seguir a otro es menos cansado.

: Esta vez será él quien vaya primero, y dejaremos que sea así hasta la última vuelta. El maestro hará el trabajo de desgaste y así yo demostraré también mi respeto, que se lo debo todo,

hasta la última vuelta seguiré sus pasos, hasta la última vuelta el público respirará calladamente, con respeto, con admiración, ahí va el Rey, en cabeza, y luego, iniciada la última vuelta, él hará un signo imperceptible con su mano, como quien pasa un relevo o da una bendición, y yo apretaré, pondré al máximo mis músculos y lo rebasaré. Lo rebasaré y seguiré mis propios pasos y le sacaré 27 segundos de ventaja. Una eternidad. No sólo ganaré el oro, también conseguiré una nueva marca para el atletismo. Todo el mundo se pondrá de pie, aplaudirán, gritarán, todo ese ruido caerá sobre mí, como una bomba, mientras el corazón me martillea el pecho, pan-pan, pan-pan, pan-pan, todo estallará en vítores, en músicas brillantes. Y me proclamarán el nuevo Rey.

: ¿Y qué hará Farah?

: Farah podría quedar el segundo. Él también puede ya rebasar al maestro. Pero por respeto aún será bronce un año más. Además durante la carrera se encargará de bloquear al americano, sobre todo en la recta hacia la meta. Su labor es importante, pero se llevará el bronce. Esta es la última carrera del Maestro, la última vez que estamos en el podio los tres. Luego él ya no bajará ningún escalafón más.

: Claro, es su muerte, su muerte simbólica, es cierto, ¿lo ve Ismail? Es su Maestro el que muere en metáforas, no yo.

: ¿Por qué habla de la muerte? A mi Maestro le queda una nueva vida por delante.

: Ojalá lo entienda él así, Ismail. ¿Y por qué no? Por su rápido entendimiento ha sido el hombre más veloz del mundo.

: Y hasta que yo no le venza a los ojos de todos, lo seguirá siendo.

5.

Habitación del Maestro.

El Maestro y Madeleine están sentados enfrente del tocador, uno al lado del otro, en la misma banqueta. Se miran en el espejo. Madeleine se peina el largo cabello con un cepillo. Muy lentamente y sin dejar de cepillarse la melena, mientras el Maestro habla, ella se va girando en sentido contrario, hasta quedar de espaldas al espejo.

: ¿Qué es lo primero que hace cuando está en la pista?

: Me quito los pantalones y la chaqueta del chandal.

: Hoy hace un calor asfixiante.

: No importa el calor, todos los atletas vamos vestidos con chandal, con los colores de nuestro país, y todos nos lo quitamos antes de entrar en las marcas.

: ¿Y después?

: Me echo una botella de agua por la cabeza y voy a mi marca.

: ¿No se presigna, no tiene un gesto de la suerte?

: No.

: ¿Y después?

: Oigo el ulular del viento entre las rocas, el viejo viento, hecho de babas del diablo. Se acerca despacio desde mi aldea.

: ¿No mira a Ismail, a Farah, una mirada de complicidad, una palabra de aliento?

: Somos un organismo los tres, una única mente, ya no hace falta mirarnos.

: ¿Y después?

: Veo la gran pasarela curva, naranja, y a toda esa gente a los lados, disfrazada con ropa cómoda, esperando para aplaudirme; me digo, puedo disfrazarme yo también de lo que me dé la gana, y me pongo al guepardo. Inmediatamente tengo sed, hambre, frío. La gran necesidad transforma mis músculos. El viento del desierto ya está aquí, se cuela por mis oídos.

: ¿Piensa en alguien?

: Hace rato que he dejado de pensar, de querer. Me agazapo con mi cuerpo de guepardo. Estoy posicionado en mi marca. El frío es enorme, está dentro de todas mis células, como si al dejar de pensar yo pensaran ellas por mí, ese pensamiento húmedo y frío como el rocío en la madrugada. El viento abrasador dice mi nombre, me llama. Estoy entre dos temperaturas igualmente insostenibles.

: ¿Mira el horizonte?

: No. Cierro los ojos.

: ¿Empieza la carrera con los ojos cerrados?

: Sí. Durante la carrera los ojos físicos no me sirven para nada. Soy ciego. Cierro los ojos y toda mi piel se eriza.

: Está bien, cierre los ojos. ¿Está todo ahí, el frío, el viento abrasador, el guepardo?

: Sí.

Madeleine saca una pistola del cajón de la cómoda, apunta a la araña del techo, dispara. Una lágrima de cristal cae al suelo.

: Suena el pistoletazo de salida. Mis músculos reaccionan. Primero duelen y los dientes se llenan de arena. Soy naranja y púrpura soy un color que se mueve en la gran placenta del desierto,

soy casi líquido, he roto la puerta de todas las casas,
la de mi casa, la de la casa de mi padre, la de mi abuelo...
hay muchas sombras humanas, negras, negras como las manchas del guepardo,
se mueven deprisa, conmigo, la arena forma signos
signos gráciles, sinuosos, por donde resbalo,
toco los signos que se deshacen formando otros nuevos
a la velocidad del rayo, tengo al guepardo celeste
con sus manchas de luz y sombra tronando en mi pupila.
Detrás del trueno estoy dormido. Dormido bajo la luna, sobre el agua.
Me duele todo el cuerpo. Los huesos se me han desordenado.
Estoy seguro. Estoy seguro que los huesos
están cada uno por su lado, mi esqueleto
está desordenado, como si hubiera muerto y me hubieran enterrado
en la fosa común de mi cuerpo,
mi cuerpo es un hoyo, es el hoyo donde me gesta mi madre, mi cuerpo
es un hoyo, y ahí, desordenados, mis huesos,
la cadera está ladeada,
las costillas están mal,
las de abajo arriba, las de arriba abajo,
teclas desafinadas, ¿quién toca ese piano?
En África no hay pianos. Pero ahora estamos sobre el agua,
bajo la luna, recuerdo, estás dormido bajo la luna, sobre el agua, recuerdo,
en la balsa nos apretamos todos, los huesos desordenados,
hasta que los huesos de un hermano son los míos,
su codo en mis costillas es ahora mi codo,
su femur en mi esternón, una fosa común a la deriva, sobre el agua
bajo la luna, la luna es un hueso blanco también,
finísimo, desafinado, como ese piano a lo lejos,
el piano de Europa, desafinado, Europa que se acerca poco a poco, desafinada,
¡Allons enfants de la Patrie!, desafinada, mezclada con sal y con espuma,
la espuma que ya rebasa la balsa, la lámina que se desliza
muy deprisa, sobre el agua, bajo la costilla falsa de la luna,
¡remad, remad! Ya casi llegamos.
¡Allons enfants de la Patrie! París es un piano y un acordeón y un mono,

¿escuchas? dentro del piano mis costillas y mis dientes, desordenados, tocan la canción,
son los dientes y las costillas del piano, las cuerdas y los martillos,
¡Allons enfants de la Patrie!
¡Remad, remad! Ya casi llegamos.
París es un mono bailando, tocando el acordeón,
¡Allons enfants de la Patrie! Pero el acordeón son mis pulmones,
abiertos por el mono, desgarrados,
nunca podré volver a respirar
porque estoy dormido sobre el agua desafinada,
la luna desafinada me encharca
los pulmones, la garganta,
la sal y la espuma, la ola y la espuma hecha de luna creciente,
París hecha de luna, ¡nieva!, es la inteligencia de Dios,
quiero abrir los brazos para recibirla,
quiero llorar nieve yo también, como si fuera yo Dios también,
como si el agua y la ola sólo fuesen frío entre estrella y estrella,
praderas celestiales, miro al mono, abre mis pulmones hasta la muerte,
¡remad!, ¡Allons enfants de la Patrie!, ¡remad!
No me importa que la canción esté desafinada,
he comido todos los frutos, las piedras preciosas que habitan en las entrañas de África,
soy hermoso como vosotros, tengo reflejos de oro y ópalos en la piel,
tengo la dureza del diamante, siempre seré más fuerte, más fuerte,
soy negro como el charol, soy brillante,
corro más que la gacela de la noche,
antes de que llegue el día estaré allí,
llegaré por el pasillo inmaculado de Fifí,
mi madre francesa, con sus ojos de coneja francesa me dirá:
eres igual que tu padre,
y yo le diré: sólo estoy desaparecido, pero voy a aparecer,
¡remad, remad!, un último esfuerzo y
¡ale hop!, apareceré por encima del sombrero
rico y guapo y famoso,
y conmigo aparecerán todos los muertos que están dentro de la mar, en el agua negra,
mi padre, los hermanos y hermanas, los niños que se gestaban dentro de sus madres,

¡que remen todos, los vivos y los muertos!
Levantad este agua negra, desafinada, ¡Allons enfants de la Patrie!
soy tan frío como el mejor de los pensamientos de Dios, ¡ale hop!,
soy tan frío y la ola cada vez más alta, la sal más alta,
en toda la boca, como un puño blanco en la boca,
Europa, desafinada, me estallas los oídos
hasta el fondo de tus aguas, tus aguas, estoy dormido
tu luna, estoy dormido, tu luna es mala, Europa, siempre se esconde,
luna negra sobre negra agua
para no tener
la culpa de nada.

El Maestro llora.

: Madeleine.

Se dan la mano en la mitad de la butaca, donde descansa el enlace de ambas manos.

: Descansa. Ya has llegado a la meta. *(le sirve un vaso de agua. El maestro se lo tira por la cabeza)* Así que este es tu libro de arena. *(Pausa)* ¿Siempre es así?

: No, cada carrera es distinta. Pero el frío, sí. Aunque corra con 40 grados, siempre está el frío a mi alrededor, húmedo.

: ¿Quién grita así dentro de ti?

: No lo sé. Los sonidos vienen de lejos, cuanto más corro mejor los oigo. Sobre todo el sonido del desgarramiento lento del valle del Rift, oigo a la tierra desgarrarse, a mi madre África partirse lentamente, oigo el empuje del océano queriendo acabar de una vez, llenarlo todo, llenar los valles, oigo a los muertos que han sido y a los que serán, a los ahogados dejando en las caracolas sus últimos mensajes.

: ¿Cómo puedes escucharlos con todo el estadio de pie, gritando?

: Más gritan los diamantes, los granates, las entrañas fabulosas de la tierra, la sangre vertida, las vallas electrificadas y los animales que no saben nada y se estampan contra ellas.

: Dime, alguna vez entre todas esas voces, ¿volviste a escuchar la de tu padre?

: Mi padre desapareció. Ahora es el viento y me llama por mi nombre.

: Es muy hermoso tu libro de arena, muy hermosa tu pesadilla inacabable.

: Las pesadillas suceden durante el sueño.

: El sueño, el trance ¿quién dice que cuando llegas al estadio no es todo un sueño? Los estadios deben de ser tan parecidos los unos a los otros, ¿no es así?

: Sí.

: Como cerrar los ojos. La noche detrás de los ojos. La misma rutina. La misma pasarela que hay que cruzar. Se sueña en círculos concéntricos, se corre en elipses, una y otra vez el corredor traza la misma órbita, alrededor de nada, no hay sol, no hay un planeta que de sentido a tanta vuelta, ciega, sobre sí misma. Se puede ser bueno, regular o malo, se puede ganar o perder. Tú llevas años siendo el mejor, el único. Debes tener un sol, un planeta, un corazón que da un sentido a cada vuelta.

: No. *(Pausa)* No sé.

: No sabes, es cierto, yo tampoco sé. Y sin embargo sucede.

: ¿Por qué?

: Mueren muchos en el olvido y, de repente, nace uno que los lleva a todos. A todos. Cuando se corre con esa fuerza empujando, la mente es un coloso, el cuerpo es un coloso.

: Cuando estoy quieto todo desaparece.

: Gracias a Dios.

: No hay peso, debo de mantener mi mente libre de todo peso, no puede haber más que silencio. Así, liviano, minutos antes de empezar a correr se levanta el viento, el frío, con el trueno del disparo el tumulto de sonidos, las imágenes, todo me arrastra y yo me entrego.

: Es una hermosa pesadilla, un privilegio, atravesar el tiempo, el océano, las muertes de tu gente, de mi gente, la trituración lenta de los peces, la ola, el gran vómito de Europa...

: Esta vez será la última, por eso no puede ser igual. Tengo que aprender a perder. Tienen que aprender a perder.

: ¿Quieres legar el don a tu discípulo? Pero eso no puede ser.

: Él ya tiene los componentes de la alquimia dentro suyo. Ahora sólo falta...

Silencio breve

: ¿Qué?

: Lo más grave.

Ismail en recepción.

: Señorita, tengo que poner un telegrama.

: Lo siento, señor. Ya no se ponen telegramas. Si quiere tenemos la sala VIP con ordenadores conectados a internet. Puede mandar un mail.

: Mi madre no tiene mail. Necesito ponerle un telegrama. Está en un pueblo muy remoto, en África, en un tiempo muy remoto, el tiempo de África, pero en un tiempo todavía más remoto, cuando el tiempo se paró en una mala hora. ¿Sabe lo que es una mala hora, una mala racha, un mal año para las cosechas, como este año para Europa, un año fatal, sin lluvias, con el cambio climático desertizando los bosques alemanes? Pues igual. Mi madre vive en un tiempo fatal, sin lluvias, un tiempo de barrigas hinchadas y de machetes y de minas de diamantes sangrientos. ¡Para qué le voy a contar! porque sin duda usted lee los periódicos, incluso fue a clase de geografía e historia cuando era pequeña y la protegían los libros de geografía e historia de todos los cuentos de terror sobre la verdadera geografía e historia de su familia. Tiene usted los ojos tan grises e implacables que bien podría ser una simpática descendiente de Bismark y su Weltpolitik, o hija de la colonización francesa o de la inglesa, tiene ese color en el pelo, ese rosado en la piel, como una cerdita. Dígame, ¿cuántos idiomas habla?

: Alemán, francés, inglés, holandés y ruso.

: Muy bien, más de los necesarios para zamparse a un continente como el mío. Es usted una muchacha encantadora. ¿Puedo poner un telegrama?

: Pero es que no tenemos ese servicio, señor.

: No se preocupe, puede inventárselo. Quiero oír la telegrafiar, como en las películas de la Segunda Guerra Mundial. Usted se preguntará qué hace un atleta de élite cuando no entrena o no está por el mundo ganando medallas. Yo se lo diré. En mi caso hago dos cosas: follar es una, pero tengo que controlar esta actividad porque me desgasta la fuerza vital. Ser deportista es casi ser monje. La otra consiste en ver viejas películas ambientadas en la Segunda Guerra Mundial. Adoro cuando la gente manda o recibe telegramas. No sé por qué me hace tan feliz, pero me hace feliz, y hoy necesito felicidad porque voy a acometer la empresa más terrible de mi vida, y para ello necesito mucha, mucha felicidad. Así que le dicto el telegrama. Querida mamá...

: (*interrumpe*) Pero señor, ya le he dicho...

: (*interrumpe*) y yo ya le he dicho que se lo invente, improvise, mueva la grapadora y colóquese unos cascos, qué se yo.

: Disculpeme. No estoy aquí para hacer teatro. Soy una recepcionista cualificada.

: No tan cualificada. Si estuviese verdaderamente cualificada me complacería. El cliente

siempre tiene la razón.

: No sobre los imposibles, si me permite la observación.

: No hay nada imposible, si yo digo perro usted ladra. Esa es la base de todo capitalismo, así nos lo han enseñado sus tatarabuelos y yo soy un alumno aventajado. Tengo dinero, usted ha de limpiar mi mierda.

: Le repito que soy recepcionista. Si necesita un servicio de habitaciones le mandaré a la camarera a su suite.

: ¡Cállese! Usted en absoluto está cualificada para satisfacer las necesidades de un hombre, de un hombre de verdad, un hombre que mide un metro ochenta y aún así es el más rápido del mundo, un hombre que sufre, que tiene una urgencia, un hombre que no ha sido anestesiado por sus colegios repugnantes y que sabe decir su nombre, mi nombre es Ismail y cuando me llaman me subo a un coche, usted no sabe lo que es llorar de hambre ni llorar porque le desgarran el alma, usted sólo ha llorado porque se le murió su gato, ¿cómo puede decir qué es una persona únicamente por cuatro lágrimas de mierda sobre el cadáver de un gato?, usted, tan lista, tan científica que no cree en el alma ni en supersticiones y por eso nunca podrán desgarrarle el alma ni maldecirle, ¿cómo puede decir que es usted persona? Usted que está a salvo de todos los males del espíritu y que es una mutación genética del plástico y de los derivados cancerígenos de la bollería industrial, ¿cómo puede llamarse persona y, en consecuencia, satisfacerme a mí, un hombre, un hombre cuya necesidad es tanta de hablar con su madre, su madre que ya murió, mujer, ya murió, ¿cuánto cree que dura la vida en África?, dura nada, lo necesario para que yo pueda irme y una vez ya en Europa no ser más una molestia para mí, no ser ni un recuerdo, ni un recuerdo que me pese porque si algo me pesa me hundiré en la tierra, no he de pesar, mujer, y si no envió un telegrama a mi madre pesaré, me pesarán las palabras, las palabras son un oficio de estibador de puerto, ¿es que nunca ha leído a Dovstoesky, mujer megaignorante? ¿Para qué cojones tenéis escritores que son capaces de levantar el mundo con sus brazos y daros todo su peso en un libro si luego no sabéis ni abrir la primera página? ¿Para qué sabes hablar alemán, francés, inglés, ruso y tu puta madre en verso si no sabes leer nada que no sea un folleto de cómo cagar con éxito en cinco pasos? Hasta para cagar necesitáis un manual de autoayuda, ¿cómo quieres estar cualificada en nada si no sabes cagar por tus propios medios? Tengo fiebre y tú me dices que vas a llamar al servicio de habitaciones para que limpien el vómito de mi almohada. No necesito que nadie ladre cuando yo no digo perro. No necesito que pienses por mí, por mi fiebre, si estoy loco o si he vomitado la comida encima de la cama. Lo que necesito es telegrafiar a mi madre, la que está muerta, para descargarme de toda esta angustia que llevo en la lengua, antes de que esta angustia eche raíces y me clave a la tierra y me impida correr y me impida volar y me impida llegar al oro. ¿Entiendes lo que me estoy jugando? Y

si no puedes telegrafiar porque no te han contratado para hacer teatro y eres tan obtusa que no sabes complacer a un cliente, que contraten a una verdadera profesional, a una poeta. Una poeta me hubiese puesto en contacto con mi madre, la muerta, y hasta hubiese recibido un telegrama de respuesta. Y cuando yo decida que necesito que limpiéis el vómito de mi habitación, mandadme también a una poeta a limpiarlo. Y mi cena que la cocine una poeta. Y esta noche no me mandéis putas a la habitación, quiero que me la chupe un poeta, primero, y una poeta después, para poder argumentar con propiedad cuando me pregunten qué opino sobre si existen diferencias de género en la literatura universal de mi polla. Parezco grosero pero sólo quiero poner un telegrama. No necesito gente cualificada, ni yo ni nadie, lo que necesitamos son poetas, ¿para qué?, para que tengan piedad de nosotros. Usted no sabe lo que es la piedad, ¿a que no?

: No señor. Pero ahora mismo le busco un poeta. En Google se encuentra de todo. Mientras, si quiere esperar más cómodo, en la sala VIP comienza en cinco minutos un servicio especial de degustación de cóctel de frutas ayurvédico mientras se le aplica un masaje reflexológico en los pies con aceites esenciales únicamente recolectados por púberes imberbes de primera presión en frío, y amenizado con música de cámara en directo, todo ello bajo el cuidado de nuestros dietistas, masajistas y musicoterapeutas, convenientemente cualificados.

7.

En el desierto. Mar de arena. Cuevas porosas. El viento sale como babas del diablo por los agujeros de la roca.

: Niño ven. *(Pausa)* Niiiiño. *(Pausa)* He dicho ven, niño.

Pausa.

El Maestro está dentro de un objeto de cristal, sin base, la arena cae poco a poco.

: Niño.

: Cuéntame cómo era.

: París es siempre una lámpara encendida.

: ¿Por qué volviste, por qué no te quedaste allí?

: Hablar de mí no es divertido.

: Yo hubiera querido ir allí también. No logré llegar. Llegué a otro sitio. París es siempre un sitio distinto.

: No me dirás que lo cuento mal.

: Lo contaste perfectamente. Eres la verdad.

: No dirás como los otros que soy una mentirosa, una cuentacuentos.

: Eres una cuentacuentos, y por eso eres la verdad. Soy yo, a pesar de que están dentro de mí todas las imágenes, todas, el paraíso y sus árboles de oro, a pesar de la nieve, de que oré por la nieve y la imaginé cuidadosamente, cada uno de sus mil pétalos, he sido yo quien no supo llegar al París que siempre será, sino al otro.

: Pero las reglas, las reglas deben ser las mismas.

: Sí, son las mismas, pero los árboles de oro no son para todos y la gente aplaude menos de lo que yo oía mientras tú hablabas.

: Entonces, ¿qué pasó con todo el amor que imaginaste que te tendrían, con toda la admiración? Yo te enseñé a imaginarlo.

: Oh, en París me adoran. Invertí bien en mis sueños. Pronto firmaré libros en la Fnac. Cuentos falsos, para que los niños lloren por la noche y rían por el día.

: He sido una buena maestra.

: La mejor. (*Silencio*) ¿Por qué volviste?, no te encojas de hombros, no calles, (*pausa*) no rías como una hiena, (*pausa*) no me distraigas con esa nube (*pausa*) no graznes, aquí no hay pájaros.

: Hablar de mí...

: Lo sé, sé que lo divertido es ser tú.

: No niño, te equivocas, tú no sabes lo que es ser yo.

: Eres... la verdad.

: La verdad es amarga y esquiva, es esa cosa que buscan los científicos en sus microscopios, cuando el electrón y el protón corren su carrera alrededor de un núcleo y todo es cada vez más pequeño, todo es más pequeño aún, ¡ale hop! no hay nada en el átomo, es vacío ese átomo, el estadio está vacío, y el interior del corredor está vacío también, y pasan las imágenes atrevesando el vacío y parecen materia, y entonces dicen los científicos, hay algo, algo muy pequeño que dota al vacío de su sentido, un residuo, pero no sabemos qué es, si es un residuo producido por el vacío o un residuo de antes del vacío, es muy pequeño, es casi vacío también. Ese ínfimo residuo es la verdad, no hay microscopio capaz de verla.

: Lo divertido es ser tú para tener tus ojos, tus ojos que han podido ver tantas cosas, las cosas que han sido y las que debieron ser.

: Mis ojos son parte del problema, del misterio, de la amargura. Hace años que son ciegos.

: ¿Por eso volviste?, ¿porque te quedaste ciega y necesitaste mis oídos, mi credulidad para volver a ver?

Silencio. Luego ruido de cristales, una explosión.

: Algo pasa en otra parte del mundo, niño. Un reloj está marcando su hora en punto. Campanadas. ¿Las oyes? No te encojas de hombros, no mires a la punta de tu silencio, no rías como una hiena pretendiendo no oír. ¿Escuchas las campanas? Toda Europa son iglesias desgañitadas en una hora muy mala. Cuando acabe el bronce de las campanas el juez de línea apuntará a tu destino y disparará. Es el pistoletazo de salida. Tu última carrera. (*Pausa breve*) Niño, ¡cómo has crecido!

: Sí. Demasiado. Tengo miedo.

: Siempre podrás volver. Aquí, a mí, al desierto, a tu tierra y tiempo madre, a tu raíz. Corre lo suficientemente deprisa.

: Ya no debo correr así.

8.

Madeleine en el trampolín.

Sube Ismail.

: Querido amigo, usted por aquí.

: ¿La han llamado de recepción?

: Bueno, alguien llamó urgentemente a mi teléfono, parecía desesperado por encontrar un poeta telegrafista, hablaba un idioma siniestro, parecía Hitler recitando el noveno círculo del Infierno. Tuve la delicadeza de que mi teléfono cayese al agua.

: No soy un hombre al que le gusta pedir ayuda.

: No la pida, yo se la ofrezco.

: Tengo un peso en el corazón. Lo llevo desde hace años.

: Seguramente es un peso necesario.

: ¿Necesario?

: Si no sintiera ese peso no podría trabajar por la ligereza.

: Usted no sabe de lo que hablo.

: Habla de un crimen.

: ¿Cómo lo sabe?

: Todos los libros se escriben así, para esconder el cadáver del verdadero protagonista.

: Yo no escribo, deje de pensar en su mundo de papel, ahora la necesito.

: Perdóneme, me entregué a la metáfora. Usted las detesta.

: No sé qué hacer. Tengo fiebre.

: No tiene que hacer nada en especial. La fiebre es buena, ayuda a delirar. Para los que tienen el corazón duro es una amiga.

: Tengo fiebre desde que hablé con usted. Como si me hubiera contagiado un virus. Las palabras me queman en la boca, cuando yo soy un hombre silencioso.

: ¿Por qué tan silencioso, Ismail?

: En el aliento está la fuerza y yo he de guardar mi fuerza, acumularla, porque después vendrá el pistoletazo de salida. Siempre hay que volver a correr, a huir, después de la huida hay esperanza, antes jamás.

: La huida no es un buen motivo para correr, al final le debilitará.

: Ningún motivo es suficientemente bueno. Y sin embargo, hay que hacerlo.

: Mire al agua, ahí abajo, en la piscina, ¿qué ve?

: Nada.

: ¿Nada?

: Agua y una colchoneta con forma de tiburón.

: Concéntrese en los reflejos.

: Nada.

: ¿Y qué pasa cuando cierra los ojos, qué hay detrás de los ojos?

: Nada. Oscuridad.

: ¿Y cuando corre?

: ¿Cuando corro, qué?

: ¿Cierra los ojos antes de correr?

: No.

: ¿Le sirven sus ojos físicos?

: Sí, claro.

: Sin embargo, durante el crimen..., no tiemble. Tranquilo, no seguiré.

: Siga. Por favor.

: No, estamos demasiado altos en este trampolín. Aunque es un lugar santo tiene sus peligros. Usted podría caer, caer al agua clara, de la piscina, si yo le hago correr a través de los recuerdos usted se puede caer al agua clara y, ¿de qué serviría?

: Me mataría o me purificaría.

: Pero lleva un traje muy caro, muy elegante, va disfrazado como el mejor de los hombres,

sería una pena echarlo a perder.

: No me importa quedarme desnudo. No me importa caer.

: Debería de importarle, ahora que ha estallado esa bomba y sólo quedamos usted y yo en este hotel de 5000 fantasmas. ¿Lo ve? No hay nadie. Sólo calor, fuego, y una rata en el cubo de la basura en la cocina.

: En la sala VIP tampoco había nadie. Sólo los camareros.

: Los camareros son chinos, gente extraordinaria, son como máquinas de relojería, en realidad son máquinas, para ellos la bomba no cuenta, pueden disfrazarse de camareros o de lo que sea, ¿ha charlado con el joven Chang?, es un pequeño filósofo extraordinario, y sabe preparar muy bien los Dry Martinis.

: He hablado con un tal Carlos, Mexicano.

: Oh, los mexicanos también son chinos, fíjese en sus ojos, y los chinos tártaros, (*muy deprisa, como un juego o una letanía infantil que acompaña al juego*) los tártaros esquimales y los esquimales mongoles, los mongoles gitanos, los gitanos indios y los indios negros, los negros malayos, los malayos polinesios y los polinesios peruanos, los peruanos babilonios, los babilonios romeos y los romeos julietas, los julietas semitas, los semitas senderitas, los senderitas nómadas, los nómadas persecuciones, los persecuciones purgas, los purgas Siberia, los siberianos mañanitas, los mañanitas pateras, los pateras manos negras, los manos negras pies negros, los pies negros corren y corren, casi siempre perecen.

: Parece una amenaza.

: No, es una conclusión después de haber desayunado muchas veces en cafeterías y haber leído los periódicos. Y aunque los periódicos avisan la gente no escarmienta, necesitan desplazarse de un lugar para otro. A pesar de estar cómodamente sentados en un sofá desvencijado en algún vertedero, o estoicamente ociosos sobre una roca contemplando el atardacer, con lo bonito que hacen a contraluz, el hombre, el buitre que se comerá al hombre, y la tierra. Hacen muy bonito y, sin embargo, siempre están esas ganas de ponerse a caminar, de ir a donde nadie te espera. Fíjese en mi caso.

: Quiero hablar de mí, no de usted.

: Pero cuando habla de usted se pone demasiado nervioso, tiembla, le sube la fiebre y estamos muy altos. Estamos en la cima donde el diablo tentó a Cristo y usted no sabe quién es de los dos personajes.

: Yo soy Ismail. Quiero ser Ismail. He luchado muy duro para ser Ismail. No quiero renunciar a quien soy pero quiero librarme de lo que soy. Usted habla tan enrevesado, me revuelve la cabeza, me hace cruzar el mundo de un lugar a otro, no la entiendo, de México a China, de Perú a

Babilonia, no entiendo nada de lo que dice, mientras habla se superponen caras dentro de mí, como una pesadilla, las unas sobre las otras, unos paisajes sobre otros, unas muertes sobre otras, me agoto, me hace correr deprisa, no sé que está haciendo con mi cerebro.

: Yo no hago nada, pobre de mí. Sólo hablo. Ya le dije que los poetas tenemos ciertos privilegios, un salvoconducto, pero es temporal. Luego siempre nos decapitan.

: ¿Quiénes?

: Los jurados, la crítica, los programadores, el público, las universidades, el FMI, cualquier ciudadano o cualquier ministerio puede decapitarnos.

: Parece una profesión de mierda.

: No es una profesión, es... como lo de su Maestro: una condición.

: Mi Maestro tiene una constitución privilegiada.

: Ah, pues será eso.

: Y una mente titánica. La gente cree que se corre con las piernas, pero es la mente quien corre, las piernas obedecen.

: Los poetas somos las piernas de una mente extraña. Obedecemos, agradecidos, y dejamos que el mundo nos destruya, resignados.

: Usted es débil, no sé por qué la mandó llamar el Maestro.

: A lo mejor es porque quedo muy linda aquí, a contraluz, subida en este trampolín. Nunca hay que subestimar los efectos de la belleza.

: Parece que se cachondea de mí, pero sé que no es eso.

: Parece que no sabe si puedo serle útil, pero sabe que haría mejor confiando en mí.

: Quiero confiar en usted, quiero darle mi secreto, es usted quien no me deja hablar, quien me lía y me lleva por donde quiere, como si no existiera una lógica del dolor.

: Lo hace usted muy bien, Ismail. Es muy rápido.

: Pero no sé lo que estoy haciendo.

: Es necesario que así sea. Ya ve, vuelve a temblar.

: De los dos personajes, usted es el diablo.

: Es verdad. Pobre de mí. ¿Me permite tentarle?

: Nada puedes ofrecerme cuando lo voy a conseguir todo en unas pocas horas.

: Es verdad, es verdad. Pero dime, si eres el verdadero discípulo de tu Maestro, ¿por qué no dejas que Farah gane la carrera? Él ya puede superar al Maestro. Sería un acto tan humilde, tan hermoso. Farah es tu hermano. ¿No sería hermoso tranquilizar a los muertos en tu conciencia y dejarles el futuro por una vez?

: Mi Maestro me ha enseñado a no tenerle miedo a mi poder.

: Es verdad, es verdad, pero dime, si de verdad eres el discípulo de tu Maestro, ¿por qué no saltas al agua negra? Si tanto poder tienes nada podrá romperte, ni la fiebre, ni el agua negra.

: Mi maestro me ha enseñado a ser prudente frente al adversario, y el adversario siempre está dentro de uno, en el centro del orgullo, en el rincón del recuerdo.

: Es verdad, es verdad, pero dime, si de verdad eres el discípulo de tu Maestro, ¿por qué ansías todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, por qué no te conformas con tu reino?

Silencio

: No lo sé. *(Pausa)* Quizás sé cuál es mi culpa, pero no cuál es mi reino. He llegado hasta las puertas del oro. He abierto todas las puertas posibles, empezando por la de mi choza, he atravesado todos los caminos, he superado todos los escrúpulos, he aprendido las lenguas, he olvidado los detalles. *(Pausa breve)* No sé cuál es mi reino. Pero sé distinguir las señales de tráfico, los letreros con todos los anuncios y con todo lo que es deseable, sé los precios de los reinos de este mundo y estoy dispuesto a pagar por ellos.

: El oro no tiene precio.

: ¿Es un consejo?

: No. Es una invitación a que caigas.

Madeleine empuja a Ismail que cae.

9.

En el bar de la zona VIP

: Carlos Chang, por favor, ponme otro Martini.

: Sí, madame.

: La vida es tan rara, Carlos Chang.

: Ya lo creo, madame.

: Yo estaba en mi casa, tan tranquila. Tengo una casa muy bonita ¿sabes?

: Me imagino, madame.

: Las ventanas no cierran bien, son viejas, y en invierno hace frío. Pero el frío es la inteligencia de Dios, porque quien no piensa en la adversidad con un poco de grandeza ¿qué tiene, Calos Chang?, la mediocridad de la queja, y quejarse no sirve de nada, quejarse es quedarse en el hoyo, como tú bien debes de saber, Carlos Chang.

: Lo sé muy bien, madame.

: Por eso cogiste un barco.

: Cogí un avión, madame.

: Ya casi no se cogen barcos, ¡con lo bonitas que eran las travesías decimonónicas!

: La urgencia puede más que la belleza, es el signo de nuestro tiempo, y para su consuelo el avión tampoco carece de encanto, madame.

: Tienes razón, Carlos Chang, pero además tienes la gracia en el hablar, lo cuál es muchísimo más importante que la razón.

: Gracias, madame.

: De nada, Carlos Chang. (*Pausa Breve*) ¿Cómo sigue?, ¿cómo sigo yo y todo lo demás?

: Estaba usted en su casa, de ventanas viejas y fríos inviernos que la acercan a los pensamientos de Dios.

: En efecto, estaba tranquila y desocupada, ocupada en una silva, ya nadie escribe en silvas, Carlos Chang, ya nadie cuenta las sílabas en los versos ni atiende a la rima. Y por eso mismo y porque me dio la santísima gana estaba contando cinco sílabas cuando sonó el teléfono. Siempre cometemos la imprudencia de contestar al teléfono, Carlos Chang.

: Son respuestas condicionadas, madame, somos una generación nacida en el sobresalto de los timbres.

: Cuanta razón dionisiaca tienes, Carlos Chang. Debes ser muy hermoso desnudo.

: Lo soy, madame.

: Bien, me gusta la sana autocrítica. Y entonces, cuando pensaba que era el aviso de desahucio por impago del alquiler de mi casa vieja, maltrecha y querida, recibo una propuesta descabellada. Descabellada y con todos los gastos pagados. Dios es un payaso, Carlos Chang.

: Eso es un gran consuelo para todos los desgraciados de la tierra, madame.

: Ya lo creo. ¿Sabes? A 50 kilómetros de aquí gasearon a mis abuelos y tíosabuelos y primosabuelos, bah, ¿para qué decir los nombres? Llorarías. Y el deber de un camarero no es llorar sino enjugar las lágrimas de su auditorio con otro Martini.

: Marchando, madame.

: A 2156 kilómetros de aquí, a otros parientes míos, muy lejanos en el tiempo, los quemaron, a otros los sambenitaron y a otros los expulsaron. ¡Oh, querida y perdida Sefarad! El caso es que por una persecución o por otra, mi familia no ha dejado de ir de aquí para allá. Es muy bonito andar, Carlos Chang, muy bonito.

: Y bueno para la salud.

: Ya lo creo. Es mejor andar a que te maten. Cruzar las grandes aguas, en barco, en avión,

hacia el norte, hacia el sur. Siempre en movimiento. Pero la tierra no es tan grande y es inevitable volver a pasar por los mismos destinos, las encrucijadas, los cementerios. Todos querríamos ver el mundo con ojos nuevos, Calos Chang.

: Es cierto, madame.

: Pero el mundo es una cosa muy vieja, muy vieja. Y desde que hay internet es más vieja todavía. Todo va tan deprisa que arrastrar las grandes toneladas de lo que no se sabe entre lo que se ignora te deja completamente exhausto.

: No he entendido la frase pero sin duda es brillante, madame.

: Me da pena la gente que escribe para decir algo, Carlos Chang. Es terrible cuando hay que hacer una sinopsis del cadáver. ¿De qué va el corazón? El corazón late o no late, no va de nada. Es terrible que así sea, pero hay que ser valiente, Carlos Chang. Además, nadie se conforma con la nada. Enseguida aparecen biógrafos y le dan un sentido al cadáver. Lo cuál, no me parece mal, porque el sentido es una cosa muy distinta de la tesis. ¿Me estoy yendo por los cerros de Úbeda, Carlos Chang?

: De una forma exquisita, pero he de recordarle que es muy tarde, Madame.

: Hay que acabar, ¿verdad?

: Sí, madame.

: Entonces cuéntame un chiste, una chorrada ligera. Porque aún me queda la peor de las escenas si quiero cobrar el cheque.

: Al chiste y al último Martini invito yo, madame.

: Oh, cuánta gentileza y garbo gastas, Carlos Chang.

Breve pausa, un lejano redoble de tambor como cuando el equilibrista va a hacer el triple salto mortal.

: Dos amigos están en un cementerio y uno le pregunta a otro: Oye, ¿tú crees en fantasmas? Y el otro le responde: No solo no creo en ellos sino que tampoco me asustan..

Se escucha el ruido de un cuerpo cayendo a una piscina desde muy alto. Gran chorro de agua contra la cristalera del bar.

10.

En la habitación del maestro.

La luz es extraña, como previa a una tormenta en el desierto.

El Maestro mira por la ventana. Las cortinas están descorridas y grandes cuadrados de luz caen sobre el suelo.

Ismail, con la ropa mojada y pegada al cuerpo, como una escultura de Miguel Ángel. Está sentado frente al tocador, con la cabeza hundida.

Suena una música lejana en un disco de vinilo, una antigua tonada francesa, muy alegre, con piano y acordeón y crepitar del tiempo.

Un tiempo.

: Ismail, sería mejor que te quitases la ropa y te secaras.

: ¿Por qué la llamó, Maestro, a esa mujer, por qué la llamó?, ¿dónde la había visto antes?, ni ella sabe cómo supo usted de su existencia.

: Te he enseñado a cuidarte de las preguntas que no son importantes. Recuerda que nuestro tiempo en este mundo es corto y si lo malgastamos en preguntas que no son importantes tendremos respuestas que no son esenciales.

: Sí Maestro.

(Pausa breve)

: Mira ese calor ahí fuera, los edificios tiemblan, como flanes. Se ha caído la pérgola y las casetas donde se cambian los bañistas. Por lo demás no hay nadie. Ni una persona.

: Están muertos. Todos.

: Es curioso, todo está desierto, como una pesadilla. ¿No te parece curioso?

: Es el cambio climático, Maestro, la bomba, Maestro.

: ¿Qué bomba?

: Una muy lenta. No sé. Ella habló de una bomba. ¿Va a venir?

: Quizás. *(Pausa breve)* Si quiere cobrar su dinero vendrá. Pero el dinero no es un motivo suficiente.

: El tiempo va muy despacio hoy, ¿cuánto queda para ir al estadio?

: Al contrario, hijo mío, hoy el tiempo va más deprisa que de costumbre, por eso han pasado tantas cosas. Por eso todo está vacío. Europa es lenta, es el animal más lento que existe. La primera vez que yo vine aquí fue con mi imaginación, vine disfrazado, para que nadie me recordase después. Vine como rinoceronte. Los rinocerontes son lentos, fuertes y lentos. A Europa le gusté,

porque es fuerte y lenta. Me dejó pasar. Cada vez que se sueña con ir a otra parte hay que comprender a esa parte, escucharla, captar su esencia, y hay que ir bajo sus normas, bajo sus leyes, para no asustarla.

: Usted me enseñó a no subestimar al contrario, Maestro. Usted nos enseñó a permanecer juntos, a comer la misma comida, a entrenar codo con codo, a hablar y a reír juntos. Siempre me he preguntado por qué quería que nos riésemos tanto.

: Reír ha hecho a vuestro corazón fuerte. Farah va a quedar el tercero y está riendo, ahora mismo, ¿lo escuchas?, entrena su corazón, se prepara para la lucha como un auténtico guerrero, con todo el sol en la boca. Tú vas a ganar y sin embargo no ríes, no estás alegre.

: Tengo el corazón duro, Maestro, usted lo sabe. Usted me vio, aquel día, en la aldea. Como me veo yo en este espejo.

: Ismail, Ismail te estoy llamando.

: Sí, Maestro.

: Te estoy llamando por última vez. A partir de que llegues al oro tendrás que seguir solo. Solo. ¿Estás preparado, Ismail?

Silencio. El Maestro canturrea.

Ismail saca la pistola del cajón de la cómoda. El Maestro sigue en la ventana.

: Mira esas sombras de las ramas en la hierba, parecen cuernos de antílopes, parecen antílopes corriendo por la piscina. Es curioso, ¿no te parece curioso? No hay ninguna persona, sólo sombras de África aquí, en el corazón de Europa. Como si el mundo hubiera desordenado sus huesos. Las costillas de arriba abajo, las de abajo arriba. ¿Te gusta esta canción?

: Es alegre. Pero es una alegría que no entiendo, maestro.

: ¿Cuál es tu alegría, Ismail, cuál es tu reino?

: Usted me enseñó a concentrarme en las preguntas importantes, en las que abren la puerta de mi tamaño. Si una pregunta me hace agacharme no me meto por ahí, si una pregunta es demasiado ancha como para perderme no me meto por ahí.

: Eres un buen muchacho, tu instinto de vida es asombroso. Asombroso, Ismail. Me viste y no dudaste en que yo te era necesario, me escogiste, como todo hijo escoge a su padre allá en las estrellas. Hiciste esfuerzos terribles para imponer tu elección sobre el destino. Es tu pulso con Dios y con los hombres, tu epopeya, algo que los hombres blancos ya no sienten sino en los viejos libros. La fuerza de un hombre contra su destino. Pero los que leen esos libros, los que sienten en su corazón que todo eso está bien y es grande y bueno y bello y terrible y esencialmente humano, esos

seguirán en su sillón, cómodamente sentados en el vertedero de su biblioteca, ya no tienen fuerzas para soñar y vivir a la altura de sus sueños.

Ismail amartilla la pistola, la mete en la chaqueta de su americana.

: Ismail, no tenías voz para llamarme, eras muy pequeño, no tenías derecho sobre nada, porque los niños están a merced de los mayores, de sus caprichos, de sus decisiones, de la mezquindaz de sus mentes, de su pobreza heredada. Pero eras astuto y valiente como el mejor de los pensamientos de Dios. Hay que tener un corazón ardiente para ser tan frío como el mejor de los pensamientos de Dios. ¿Te acuerdas de tu noche, la noche que siempre te acompaña? Esa noche la luna estaba negra; la luna es pudorosa, cuando un hombre, por muy pequeño que sea, va a gritar o a derramar la vida, esconde su espejo. Entonces el tiempo está muerto, sin reflejo, sin memoria. Tú eras un hombre muy pequeño, un niño, miraste al cielo y la luna no estaba, y decidiste cambiar tu destino. Yo también miré al cielo, esa noche, en mi hotel, pero entonces yo era mucho más joven, era sólo veloz, era un ejemplo para mi pueblo, era la esperanza de tantos, pero era joven y tonto. No sabía que tú peleabas por escogerme, hasta el punto de desgarrar tu alma. Mi espíritu me enseñó muchas cosas cuando yo era niño, me reveló la vida que yo era capaz de vivir, pero fuiste tú, con tu silencio, cuando entraste en mi coche, fuiste tú quien me hizo Maestro.

: Ojalá hubiera tenido un discípulo mejor.

: Cada padre tiene el hijo que merece. Por lo demás, no sufras más de lo preciso, recuerda que estás en las manos de Dios y que es un gran poeta, un gran payaso. El oro está ahí, al fin, para ti y ante los ojos de los hombres, de tus hermanos. Te he enseñado a no tener miedo de tu propia grandeza ni de tu propia miseria. Te he enseñado a ser uno con tu tamaño. Ahora todos tus músculos y tu corazón están preparados para soportar el esfuerzo y hacer retumbar la tierra con todo tu peso, a cada zancada, hacer vibrar al aire con tu cuerpo, como un halcón peregrino en los cielos de África, ¿escuchas?

El viento se cuela por las ranuras, se abren poros en la pared, cae arena y las babas del viento del desierto.

: Mi amiga viene, sé gentil con ella, Ismail.

: Maestro, tengo frío.

: Está bien. Eso está muy bien.

Toques en la puerta, después entra Madeleine. Se queda unos segundos en el quicio de la puerta.

: Me ha costado volver a encontrar la habitación. Últimamente todas las puertas se parecen mucho. Las pequeñas han crecido y las grandes se han vuelto aún más grandes. He tenido que abrirlas todas, desde el desierto, desde antes del desierto para llegar aquí, y además el tráfico estaba imposible y hay mucha gente por todas partes, gente con prisa, corriendo porque el metro cierra y se les escapa el último tren, todos quieren volver a casa, todos quieren llegar a otra parte, y hay muchas maletas por los rincones, el botones no sabe nada de nada y yo aún menos, y para colmo todas las guías Michelin están desfasadas. ¿Me he perdido algo?

: El chico dice que ha caído una bomba, que están todos muertos.

: No es eso, no exactamente. Sólo que Europa es lenta, es un animal lento.

: Eso le he dicho yo.

: En el telediario de la zona VIP lo decían, Europa es majestuosamente lenta, tiene la piel tan dura que puede permitírselo, y por eso llega con retraso a nosotros. Pero ya está casi aquí, pronto los relojes se sincronizarán, los pasillos estarán llenos de fotografías y vuestro mánager vendrá con escoltas para llevaros al estadio. ¿Estáis preparados?

: Sí.

: Sí.

: ¿Alguien sabe lo que debemos hacer?

: No.

: No.

: Yo tampoco. Pero eso no importa. Nunca ha importado para que las cosas sean como han de ser. Iré muy deprisa. Escuchad. Habéis de ponerlos, esta vez, uno frente al otro, elegid la distancia.

Madeleine va a la cómoda y abre el cajón donde estaba la pistola.

: La pistola no está en su sitio, ¿quién la tiene?

: Yo.

: Dámela.

Silencio.

: Recuerda que el maestro dijo que yo era su amiga.

Ismail le da la pistola.

: Ahora escuchadme, y escuchadme bien. Hubo hombres antiguos, muy antiguos, que vivieron sobre el mar, en naves tan antiguas que están más allá del tiempo. Su oficio era el mar, remaban, como esclavos que eran, y su vida era el remo. Dormían sobre el agua fría y negra, despertaban y volvían a remar. Todos somos esclavos de un remo, aunque no sabemos de cuál, todos vivimos y luchamos sobre el mar, bajo la luna, y dormimos sobre el mar y volvemos a despertar. Hasta que un día la ola se levanta, una ola tan inmisericorde que está más allá del tiempo. No sabemos nada de esa ola, del oro que relumbra y riela en sus escamas de agua. No sabemos nada de esa puerta que caerá sobre nosotros, si se abrirá a nuestro tamaño o si estará cerrada. Aquellos hombres antiguos, tan antiguos que no sabían leer ni escribir y sólo sabían remar se encontraron, como nos encontraremos todos nosotros, frente a su último destino, debajo de la ola. Ahora bien, escuchadme, escuchadme por última vez. Por muy esclavo que sea un hombre sabe, en su interior, que ha nacido como un Dios. Así pues, ante ese fatal momento al que todos llegaremos, los antiguos, los remeros, nos enseñaron a rezar así: ¡Oh Dioses!, no me juzguéis como a un Dios, sino como a un hombre al que la mar ha destrozado. Meditad un momento. Aquellos hombres nos enseñaron la humildad, nacemos como Dioses y vivimos como hombres, ese es nuestro misterio, y como hombres seremos juzgados.

Madeleine dispara al espejo que se rompe. Da la pistola a Ismail.

: Ahora la luna está negra. Y el espejo de la memoria callado. Aprovechad. Ismail ¿Sabes lo que tienes que decir?

: No.

: Entonces dilo ¡ya!.

: Maestro, le entrego a una nueva vida.

: Y yo acepto.

Ismail dispara al Maestro. Éste coge con las manos la bala. El tiempo del sonido del disparo se extiende, lento. Del pecho de Ismail comienza a manar sangre. En el pasillo formado entre los dos atletas hay un parpadeo de sombras y flasehs. Madeleine se acerca a Ismail, moja sus dedos en la sangre y se los chupa.

: Cuando el ojo del corazón se abre las primeras lágrimas que caen son rojas. Un periodista dice en la radio que cuando Ismail salió de la habitación del hotel era otro, tenía otra cara. Miles de flashes estallan sobre esa cara, nueva, confirmando la observación del periodista. Es difícil nacer dos veces en una sola vida, muy difícil. Es difícil dejar que el ojo del corazón se abra. Todos los que gritan en el estadio saben que las piernas del corredor siguen una dirección, pero la meta es distinta para cada uno de los corredores. Es difícil tener una cara, muy difícil, es la cosa más difícil y más bella de este mundo, tener un rostro, algo que se perderá irremisiblemente, un día, una noche, sobre el agua negra o sobre la cama de un hospital, nadie sabe de qué está hecho un rostro y por qué nos pertenece uno y por qué el tiempo lo construye lentamente, nadie sabe por qué nuestros ojos se vuelven ciegos cuando alguien muere, nadie sabe por qué los vivos dejamos de ver y por qué a eso le llamamos pérdida, pero para el ojo del corazón nada se pierde, nunca, y cuando se abre todas las puertas del tiempo se abren también. El periodista dijo que Ismail, el joven discípulo del más grande Maestro del atletismo había hecho Historia. La humanidad era un poco más rápida gracias a él. Él, el mejor de los nuestros. Una esperanza más de la gran familia humana, lanzada a la pista. El público en el estadio se puso en pie y aplaudió, porque si no aplaudimos a los nuestros, a los que salen a conquistar nuestras preguntas, ¿qué nos queda? El tamaño minúsculo del hombre y el silencio de las estrellas, lejanas, en el firmamento frío.

FIN de La Carrera.